

Ese don José Marín Cañas



Fernando Durán Ayanegui

No siento afecto por ningún tipo de aristocracia porque hasta ahora no he llegado a saber de una que lo sea, y por esa razón me resulta difícil entrar en definiciones tocantes a la casta o al señorío. Pero en presencia de don José Marín Cañas tengo que quitarme el sombrero —simbólicamente, claro está— y declarar que se trata de todo un señor.

Recientemente, en un par de artículos periodísticos don José me ha dispensado una crítica benevolente y, como tuve la oportunidad de expresárselo en una breve de-

dicatoria, de un estímulo abrumador. Si en algo se ha excedido en su vida don José es en esa expresión de aprecio por las tonterías que ocasionalmente escribo y, al señalarlo, no voy a incurrir en la hipocresía de declarar que no la recibo con orgullo. Por el contrario, no dejaré pasar la oportunidad sin hacer una breve observación sobre la conducta de don José como escritor. Entre los viejos literatos —y sé que él se deja llamar viejo con la misma desfachatez vital que caracteriza a los estudiantes cuando ejecutan una travesura para recordarnos que son jóvenes—, don José es uno de los pocos que son capaces de despojarse de la natural necesidad de reconocimiento que todos los hombres padecemos y dedicar su tiempo al estímulo y al reconocimiento del trabajo de otros todavía no tan dispuestos a reconocerse viejos. Quiero decir con esto que don José Marín Cañas es un verdadero maestro en muchos sentidos, pero muy particular en uno: carece de tal manera de los sentimientos que se conocen como envidia y egoísmo, que puede —cosa rara— expresar abiertamente su admiración por un compatriota biológicamente más joven que él.

Que esa virtud de don José me haya favorecido a mí, me conmueve porque, lo reitero, no lo merezco.